

como tampoco ensalzo todas las formas contrarias al uso recibido; pero le dejo el paso franco, y por circunstancias generales y particulares aligero la acusación.

Sigamos. Análogamente, ¿de dónde puede provenir esa usurpación de autoridad soberana que os permitis sobre las que á sus expensas os favorecen,

Si furtiva dedit nigra munuseula nocte ¹,

que usurpéis al punto el interés y la frialdad de una autoridad marital? La cosa es sólo una convención libre: ¿para qué no observáis una conducta recíproca? Sobre las cosas voluntarias la prescripción no puede existir. A pesar de ir contra la costumbre, es lo cierto, sin embargo, que en mi tiempo mantuve este comercio, como su naturaleza puede consentirlo, con tanta conciencia como otro cualquiera y también con cierto aire de justicia, testimoniándolas de afección sólo la que hacia ellas sentía, y representando de manera ingenua la decadencia, vigor y nacimiento, los accesos y las intermitencias, pues no siempre camina con intensidad igual. Con tanta economía en el prometer obré, que creo haber más cumplido que prometido ni debido. Encontraron ellas la fidelidad hasta el servicio de su inconstancia, y hablo de inconstancia reconocida y á veces multiplicada. Nunca rompí mientras algo á ellas me inclinaba, siquiera fuese tenerse como de un cabello; y cualesquiera que fuesen las ocasiones que me procuraran, jamás corté por lo sano hasta el menosprecio y el odio, pues tales privanzas, hasta cuando se adquieren mediante las más vergonzosas convenciones, todavía obligan á alguna benevolencia. En punto á cólera é impaciencia algo indiscreta en el momento de sus arterias y evasivas, y en el de nuestros altercados, se las hice ver á veces, pues me reconozco por complexión sujeto á emociones bruscas que frecuentemente perjudican á mis contratos, aun cuando sean ligeras y cortas. Si ellas quisieron experimentar la libertad de mi manera de ser, nunca me opuse á darlas consejos paternos y mordaces, y á pellizcarlas donde les dolía. Si las dejé motivo de queja, fué más bien por haber profesado un amor, comparado con la moderna usanza, torpemente concienzudo: observé mi palabra en las cosas en que fácilmente se me hubiera dispensado; entonces se rendían á veces con reputación y bajo capitulaciones, las cuales soportaban ver luego falseadas por el vencedor: instigado por el interés de su honor, prescindí del placer en todo su apogeo: más de una vez, y allí donde la razón me oprimía, las armé contra mí, de tal suerte que se conducían con mayor severidad y seguridad con el auxilio de mis reglas, cuando estaban ya

1. Si en la obscuridad de la noche os otorgó algún favor furtivo. CATULO, *Carm.*, LXVIII, 145.

francamente remisas, de lo que lo hubieran hecho por sus propios medios. Cuanto estuvo en mi mano eché sobre mis hombros el azar de las asignaciones para de él descargarlas, y encaminé siempre nuestras partidas por el camino más áspero é inopinado, por ser al que menos sigue la sospecha y, además, á mi entender el más accesible: están abiertos principalmente por los lugares que comunmente se tienen por cubiertos; las cosas menos temidas son menos prohibidas y observadas; puede osarse con facilidad mayor lo que nadie piensa que pondréis en práctica, lo cual se trueca en fácil por su misma dificultad. Jamás hombre alguno tuvo más que yo los contactos más impertinentemente genitales. Esta manera de amar de que voy hablando se aproxima más á la disciplina, pero en cambio cuán ridícula aparece á los ojos de nuestras gentes, y cuán poco practicable: ¿quién lo sabe mejor que yo? Sin embargo, de mi bien obrar nunca me arrepentiré: no tengo ya nada que perder:

Me tabula sacer
Votiva paries indicat uvida
Suspendisse potenti
Vestimenta maris deo ¹.

Hora es ya de hablar abiertamente. Mas de la propia suerte que á cualquiera otro, me digo á mi mismo: «Amigo mío, tú sueñas; el amor en el tiempo en que vives tiene escaso comercio con la buena fe y con la hombría de bien.

Hæc si tu postules
Ratione certa facere, nihilo plus agas,
Quam si des operam, ut cum ratione insanias ²:

así que, por el contrario, si en mi mano estuviera el comenzar de nuevo, seguiría de fijo el mismo camino y por gradaciones idénticas, por infructuoso que pudiera serme. La insuficiencia y la torpeza son laudables en una acción indigna de alabanza: cuanto me aparto en aquello del parecer de los que viven en mi época, otro tanto me acerco del mío. Por lo demás, en este comercio yo no me dejaba llevar por completo; si bien en él me complacia, no por ello me olvidaba: reservaba en su totalidad este poco de sentido y discreción que la naturaleza me dió para su servicio y para el mío; sentía un asomo de emoción, pero ningún ensueño me ganaba. Mi conciencia se honraba también hasta el desorden y la disolución, mas no hasta la ingratitude, la traición, la malignidad y la crueldad. No compraba yo á su precio más alto el placer que este vicio procura; contentábame con pagar su propio y simple coste:

1. El cuadro votivo que suspendí en la pared del templo de Neptuno á todos muestra que consagré á este dios mis vestiduras, húmedas todavía del naufragio. HORACIO, *Od.*, I, 3, 13.

2. Pretender someterlo á reglas, es querer unir la locura con la razón. TERENCIO, *Eunuch.*, act. I, esc. I, v. 16.

*Nullum intra se vitium est*¹. Odio casi en igual grado una ociosidad estancada y adormecida y un atareamiento espantoso y penoso; el uno me pellizca, y el otro me aturde; pero tanto montan las heridas como los golpes, y los pinchazos como los magullamientos. Encontré en este comercio, cuando era más apto para ejercitarlo, una moderación justa entre esas dos extremidades. El amor es una agitación despierta, viva y alegre; yo no me reconocía ni trastornado ni afligido, sino acalorado y un poco alterado: preciso es detenerse en este punto; esta pasión no daña más que á los locos. Preguntaba un joven al filósofo Panecio si sería prudente sentirse enamorado: «Dejemos queda la prudencia, respondió; para ti y para mí que carecemos de esa cualidad, no nos lancemos en cosa que acarrea tanta conmoción y violencia, que nos esclaviza á otro y nos trueca en satisfechos de nosotros mismos.» Y decía verdad, que no hay que fiar cosa de suyo tan peligrosa á un alma que no tenga con qué hacer frente á las avenidas, ni con qué echar por tierra el dicho de Agesilao, el cual reza «que la prudencia y el amor no se albergan bajo igual techumbre». Es una ocupación vana, es verdad, inadecuada, vergonzosa é ilegítima; pero gobernándola como yo expongo, considérola saludable, propia á despejar un espíritu y un cuerpo adormecidos; y si yo fuera médico, se la ordenaría á un hombre de mi carácter y condición, de tan buena gana como cualquiera otra receta, para despertar cuando nos internamos en los años, y retardar el influjo de las fuerzas de la vejez. Cuando solamente nos encontramos en los contornos y el pulso late todavía,

Dum nova canities, dum prima et recta senectus,
Dum superest Lachesi quod torqueat, et pedibus me
Porto meis, nullo dextram subeunte bacillo²;

tenemos necesidad de ser solicitados y cosquilleados por alguna agitación mordedora como ésta. Ved cuánta juventud comunicó, vigor y alegría, al prudente Anacreonte: y Sócrates, más viejo que yo, hablando de un objeto amoroso, se expresa así: «Habiéndome apoyado en su hombro y acercado mi cabeza á la suya, como recorriéramos juntos la página de un libro, sentí de pronto, sin mentir, una picadura en el lugar del contacto, cual la de una mordedura de animal; y cinco días eran pasados y me hormigueaba todavía, y hacia mi corazón se escurria una comezón continua.» ¡Un simple tocamiento, casual y con un hombre efectuado, acaloró y trastornó un alma fría ya y enervada por la edad, y la primera entre todas las huma-

1. Ningún vicio está encerrado en sus propios límites. SENECA, *Epist.* 93.

2. Cuando sólo nos afligen las primeras canas y los síntomas primeros de la vejez; cuando le quede á la Parca con que hilar para nosotros; cuando conservamos ágiles nuestras piernas, sin que el cayado nos sea indispensable. JUVENAL, *Sat.*, III, 26.

nas en perfeccionamientos! ¿Y por qué no? Sócrates era hombre y no quería parecer cosa distinta. La filosofía no lucha contra los goces naturales, siempre y cuando que el justo medio vaya unido; predica la moderación, no la huida; el esfuerzo de su resistencia se emplea contra los que son extraños y bastardos; declara que los apetitos corporales no deben ser aumentados por el espíritu, y nos enseña ingeniosamente á no despertar nuestra hambre por la saciedad; á no querer embutir, en vez de llenar el vientre; á evitar todo placer que nos aboca á la penuria y toda comida y bebida que nos procuran hambre y sed: como en el ejercicio del amor nos ordena el tomar un objeto que satisfaga simplemente las necesidades del cuerpo y que no conmueva el alma, la cual no debe coadyuvar, sino sólo seguir y asistir á aquél. ¿Pero no me asiste la razón al considerar que estos preceptos, que por otra parte, á mi entender, son un tanto vigorosos, miran á un organismo que desempeña bien sus funciones, y que al ya abatido, como al estómago postrado, es excusable calentarlo y por arte sostenerlo por el intermedio de la fantasía, haciéndole ganar el apetito y el contento, puesto que por sí mismo los perdió?

¿No podemos decir que nada hay en nosotros durante esta prisión terrena que sea puramente corporal ó espiritual; y que injuriosamente desmembramos un hombre vivo; y que razonablemente podría sentarse que nos conducimos en punto al uso del placer tan favorablemente á lo menos como en lo tocante al del dolor? Este era (por ejemplo) vehemente hasta la perfección en el alma de los santos, mediante la penitencia. El cuerpo tenía naturalmente parte, en razón á la unión íntima de ambos y, sin embargo, podía tomar una parte escasa en la causa, por lo cual no se contentaban aquéllos con que desnudamente siguiera y asistiera al alma afligida, sino que lo atormentaban con penas atroces y adecuadas, á fin de que á competencia el uno de la otra, el espíritu y la materia, sumergieran al hombre en el dolor más saludable cuanto más rudo. En semejante caso, tratándose de los placeres corporales, ¿no es injusto enfriar el alma y asegurar que es preciso arrastrarla como á una obligación y necesidad forzada y servil? Corresponde más bien al alma incubarlos y fomentarlos, mostrarse é invitar á ellos, puesto que el cargo de regirlos la pertenece; como también á ella incumbe, á mi entender, y á los placeres que la son propios, el inspirar é infundir al cuerpo el resentimiento cabal que lleva su condición, y estudiarse para que le sean dulces y saludables. Bien razonable es, como dicen, que el cuerpo no siga sus apetitos en perjuicio del espíritu; mas ¿por qué no ha de serlo igualmente que el espíritu no siga los suyos en daño de la materia?

Yo no tengo otra pasión que me mantenga en vigor: el papel que la avaricia, la ambición, las querellas y los procesos desempeñan para los que como yo carecen de profesión determinada, el amor los representaría más cómodamente; procurárame la vigilancia, la sobriedad, la gracia y el cuidado de mi persona; calmaría mi continencia á fin de que las muecas de la vejez, esas muecas deformes y lastimosas no vinieran á corromperla; me echaría de nuevo en brazos de los estudios sanos y prudentes por donde pudiera trocarme en más estimado y amado, arrancando de mi espíritu la desesperanza de sí mismo y de su empleo, y uniéndolo consigo mismo; me apartaría de mil pensamientos dolorosos, de mil pesares melancólicos con que la ociosidad nos favorece en tal edad, junta con el mal estado de nuestra salud; templaría, al menos en sueños, esta sangre que naturaleza abandona; sostendría erguida la barba y dilataría un poco los nervios y el vigor y contento de la vida á este pobre hombre que camina derechamente á su ruina. Mas bien se me alcanza que es ésta una ventaja difícilísima de recobrar: por debilidad y experiencia dilata da nuestro gusto se convirtió en más tierno y delicado; solicitamos más cuando con menos contribuimos; queremos elegir lo más cuando menos merecemos ser aceptados; como tales reconociéndonos, somos menos atrevidos y más desconfiados; nada puede asegurarnos de ser amados, vista nuestra condición y la suya. Me avergüenzo de encontrarme entre esa verde y bulliciosa juventud,

Cujus in indomito constantior Inguine nervus,
Quam nova collibus arbor inhæret ¹.

¿Á qué viene presentar nuestra miseria en medio de ese regocijo,

Possint ut juvenes visere fervidi,
Multo non sine risu,
Dilapsam in cineres facem ²?

La fuerza y la razón los acompañan; hagámosles lugar, nada tenemos ya que hacer: ese germen de belleza naciente no se deja zarandear por manos yertas, ni practicar por medios puramente materiales, pues como respondió aquel antiguo filósofo ³ á quien de él se burlaba porque no había sabido conquistar las gracias de un pimpollito á quien perseguía: «Amigo mío, el anzuelo no prende en un queso tan fresco.» En suma, es éste un comercio que ha menester de relación y correspondencia; los demás placeres que recibimos pueden reconocerse por recompensas de na-

1. Cuya rigidez nada tiene que envidiar al árbol que se yergue en la colina. HORACIO. *Epod.*, XII, 19.

2. Para que esa juventud ardiente no pueda ver sin reír nuestra antorcha reducida á pavesas. HORACIO, *Od.*, IV, 13, 26.

3. Bión.

turalidad diversa; pero éste no se paga sino con la misma suerte de moneda. En verdad, en este negocio las delicias que yo procuro cosquillean más dulcemente mi imaginación que las que experimento, y nada tiene de generoso quien puede recibir placer donde no lo da; es por el contrario un alma vil que pretende deberlo todo y que se place en mantener comercio con personas á quienes es dura carga: no hay belleza, ni gracia, ni privanza, por delicadas que sean, que un hombre cumplido deba desear á ese precio. Si ellas no pueden procurarnos bien más que por piedad, yo prefiero mejor no vivir, que vivir de limosna. Quisiera yo tener derecho de pedir las en estos términos, conforme al estilo en que la caridad se implora en Italia. *Fate ben per voi* ¹; ó á la manera como Ciro exhortaba á sus soldados, cuando les decía: «Quien se quiera bien que me siga.» Uníos, se me dirá, á las de vuestra condición, y así el concurso de fortuna idéntica os colocará al gusto de uno y otro. ¡mezcla insípida y torpe si las hay!

Nolo
Barbam vellere mortuo leoni ²:

Jenofonte emplea como argumento de objeción y censura para reprender á Menón, el que en sus amores echara mano de objetos ya agostados. Mayor goce me procura solamente el ver la mezcla dulce y justa de dos bellezas, jóvenes ó el imaginarla simplemente, que hacer yo el papel de segundo en una coyunda informe y triste: resigno este apetito fantástico al emperador Galba, que no se consagraba sino á las carnes duras y rancias, y á ese otro pobre miserable ³,

O ego di faciant talem te cernere possim,
Caraque mutatis oscula ferre comis,
Amplectique meis corpus non pingue lacertis!

Y entre las primordiales fealdades incluyo las bellezas artificiales y forzadas. Emonez, muchacho joven de Chio, ideando con los adornos alcanzar la belleza que naturaleza la negaba, presentóse al filósofo Arcesilao preguntándole si un varón fuerte podía sentirse enamorado: «¡Ya lo creo! contestó el otro, mas siempre y cuando que no sea de una belleza acicalada y sofisticada como la tuya.» La fealdad de una vejez reconocida es menos vieja y menos fea, á mi ver, que otra pintada y pulimentada. ¿Osaré decirlo? (y no vaya á atrapármese por el pescuezo): el amor para

1. Hazme bien por ti mismo, ó por tu exclusivo provecho.

2. No quiero arrancar la barba á un león muerto. MARCIAL, X, 30, 3.

3. Ovidio, quien abrumado de pesares y trastornos en el ágrate país donde me desterrado, luego de decir á su esposa que verosíblemente habrá envejecido en atención á los males que él soporta, exclama: «¡Ah! pluguiera á Dios que yo pudiese verte! ¡que me fuera dable besar tus cabellos y estrechar entre mis brazos tu cuerpo enflaquecido por el dolor!» *ex Pont.*, I, 4, 49.

mi nunca está en época más natural y cabal que en la edad vecina de la infancia:

Quem si puellarum insereres choro,
Mire sagaces falleret hospites
Discrimen obscurum, solutis
Crinibus, ambiguoque vultu ¹:

y lo mismo la belleza; pues lo de que Homero la dilate hasta que la barba comienza á sombrear, el mismo Platón lo señaló como peregrino. Notoria es además la causa por la cual tan ingeniosamente el sofista Bión llamaba á los caballos locuelos de la adolescencia Aristogitones y Harmodiones: en la edad viril encuéntralo ya algún tanto fuera de su lugar y con mayor razón en la vejez;

Importunus enim transvolat aridas
Quercus ².

Margarita, reina de Navarra, prolonga como mujer demasiado lejos la ventaja de las damas, considerando que es todavía tiempo á los treinta años para que cambien el dictado de hermosas en el de buenas. Cuanto más corta es la dominación que sobre nuestra vida otorgamos al amor, mayor es nuestro valer. Considerad su porte: es un semblante pueril. ¿Quién no sabe que en su escuela se procede á la inversa de todo orden y disciplina? El estudio, la ejercitación y el uso en él, á la insuficiencia nos encaminan; los novicios son regentes: *Amor ordinem nescit* ³. En verdad su conducta tiene más garbo cuando la forman la inadvertencia y el desorden; las faltas y los reveses comunican la salsa y la gracia. Con que el amor sea hambriento y rudo, poco importa que la prudencia no parezca: ved cómo marcha con paso incierto, chocando y loqueando; se le mete en el cepo cuando se le guía por arte y prudencia; se ponen trabas á su divina libertad cuando se le somete á estas manos peludas y callosas.

Yo veo frecuentemente pintar esta inteligencia como cosa puramente espiritual, y menospreciar el papel que los sentidos desempeñan: todo á ella coadyuva y contribuye, y puedo decir haber visto muchas veces que excusamos en las mujeres la debilidad de sus espíritus en favor de sus bellezas corporales; pero en cambio nunca vi que en beneficio de las bellezas de un espíritu, por sesudo y maduro que fuera, se resignaran ellas á prestar la mano á un cuerpo que cae en decadencia por poco que caiga. ¡Lástima grande que alguna no entre en ganas de llevar á cabo este

2. Cuando deslizándose en un coro de doncellas, con sus cabellos flotantes, é indecisos aún los rasgos de su fisonomía un joven puede engañar los ojos más clarividentes en punto á su sexo. HORACIO, *Od.*, II, 3, 21.

3. Porque no detiene su vuelo en las desnudas encinas. HORACIO, *Od.*, IV, 13, 3.

3. El amor desconoce el orden. SAN JERÓNIMO, *Carta á Cromacio*, t. I, pági- na 217, edic. de Basilea, 1537.

noble trueque socrático, adquiriendo á cambio de sus mus- los una inteligencia generadora, filosófica y espiritual del valor más relevante que conseguirse pudiera! Ordena Platón en sus leyes que el que haya realizado alguna acción notable y útil en la guerra, no pueda durante sus expediciones ser rechazado, sin que nada importen su fealdad ó senectud, si pretende besar ó alcanzar cualquiera otro favor amoroso de la persona que guste. Lo que el filósofo encuentra tan equitativo en recomendación del valor militar, ¿por qué no habria de reconocerlo igualmente en alabanza de otra virtud cualquiera? ¿Por qué no habia de ocurrirsele á una dama el apoderarse antes que sus compañeras de la gloria de este casto amor? Casto digo, y no digo mal:

Nam si quando ad prælia ventum est,
Ut quondam in stipulis magnus sine viribus ignis
Inceassum furit ¹:

los vicios que se ahogan en el pensamiento no son los peores que albergamos.

Para acabar este copioso comentario, que se me escapó de un flujo palabristico, impetuoso á veces y dañino,

Ut missum sponsi furtivo munere malum
Procurrit casto virginis e gremio,
Quod miseræ oblitæ molli sub veste locatum,
Dum adventu matris prosilit, excutitur,
Atque illud prono præceps agitur decursu:
Huic manat tristi conscius ore rubor ²,

diré que los machos y la hembras están vaciados en el mismo molde; salvo la educación y costumbres, la diferencia es exigua. Platón llama indistintamente á los unos y á las otras á la frecuentación de idénticos estudios, ejercicios, cargos y profesiones guerreras y pacíficas, en su República; y el filósofo Antistenes prescindía de toda distinción entre la virtud de ellas y la nuestra ³. Es mucho más fácil acusar á un sexo que excusar al otro: es lo que dice aquel proverbio: «Dijo la sartén al cazo...»

CAPÍTULO VI

DE LOS VEHÍCULOS

Bien fácil es el verificar que los grandes autores, al escribir sobre las causas de las cosas, no solamente se sirven

1. Porque si en esta edad se entra en la liza el amor es como una gran hoguera de paja, que se apaga en un instante. VIRGILIO, *Georg.*, III, 98.

2. Así cae una manzana del casto seno de la virgen joven, don furtivo de su amante; olvidando que la ocultó bajo sus vestiduras, se levanta á la llegada de su madre y el fruto rueda á sus pies. El rubor que al punto cubre su rostro revela el delito que cometió. CATULO, *Carm.*, LXV, 19.

3. «La virtud del hombre es la misma que la de la mujer.» Palabras de Antistenes, citadas en su *Vida* por DIÓGENES LAERCIO, VI, 12. C.